

El daltabaix de la Costa Brava va començar sota el doble signe de **la improvisació** i de **l'especulació**

«Un río ancho e impetuoso»

Y de pronto, una mañana, aparecieron los primeros turistas. Llegaban a España, a sus pueblos y ciudades, como un explorador que, por vez primera, cruza los límites de la selva. De la civilización pasaban al país de los toros y de las mujeres bravas, de las panderetas y del hambre, de la miseria y de las guitarras. Al principio, los del pueblo abrieron mucho los ojos al ver a los varones con calzón corto y a las mujeres vistiendo pantalones de hombre. Hombres y mujeres se sintieron como un poco insultados, como enemigos de aquellas gentes que, con el peso de una larga y cruel guerra a sus espaldas, llegaban a España como niños que salen de la escuela y corren hacia los árboles cargados de fruta. Al verano siguiente llegaron más extranjeros y las dos fondas del pueblo resultaron insuficientes. Las viejas habitaciones, que, solitarias, se conservaban con sus grandes camas, sus consolas y armarios y sus campanas de cristal cubriendo las imágenes, fueron alquiladas por módicos precios a los turistas. El regato, de año en año, fue creciendo, convirtiéndose en torrentera para, después, encauzarse ya como un río ancho e impetuoso. La playa adquirió un matiz distinto y ya no se vieron únicamente en ella a los veraneantes de siempre, sino que se llenaba de hombres, mujeres y crios rubios, de piel blanca y pecosa. A los pocos veranos, el alcalde publicó un bando acerca de los trajes de baño y de la conducta de los bañistas en la playa, porque aquello, según se estimaba en el pueblo, era un vergonzoso escándalo. Con el tiempo, el bando no fue otra cosa que motivo de risa y de chiste porque los habitantes del pueblo se transformaron también.

El turismo fue un grito de alegría y de libertad, de oportunidades, de riqueza y de ambiciones. A su calor se inauguraron cafeterías y restaurantes; se construyeron hoteles y pensiones, salas de baile y tiendas repletas de recuerdos típicos que centaban su tipismo en el de la lejana, ignorada incluso hasta entonces, región andaluza. El flamenco se puso de moda y con él los toros, las botellas de manzanilla y las castañuelas. Pero lo que sobre todo se puso de moda, lo que se impuso rotundamente, fueron el sol y la playa. Comenzó a especularse con los terrenos cercanos al mar, con las caletas pedregosas y las franjas de pinos que las circundaban. El palmo cuadrado, como el mismo río turístico, comenzó a cotizarse más y más y, en poco tiempo, la importancia de poseer tierras costeras se convirtió en títulos de riqueza y de poderío.

Julio Manegat
Spanish show

Planeta, Barcelona, 1965

